



CAPÍTULO V

LA noche del 23 de Enero salíamos de Florencia con dirección á Bolonia, donde pocas horas pudimos permanecer, dando un paseo por San Giovanni *in Persicette*, pequeña aldea que sólo tiene de notable un templo y un arco que se eleva á poca distancia de la estación del ferrocarril.

El tren salió de Bolonia, después de la media noche, y antes de que la aurora apareciese en el horizonte habíamos llegado á Venecia. La reina del Adriático, unida á la tierra firme por un puente que mide poco menos de medio kilómetro, se hallaba frente á nosotros. Los agentes del fisco, pues, para mengua del progreso en Europa subsisten las alcabalas, nos causaron algunas molestias con exigencias verdaderamente pueriles; pero

vencidas éstas, tomamos una góndola para penetrar en la ciudad.

Era preciso atravesar por canales estrechos, en medio de altos edificios y aspirando emanaciones de aquéllas que hacen al viajero taparse las narices. El que juzgue á Venecia por esta entrada se pega buen chasco. Eso equivaldría á creer que la ciudad de México, por ejemplo, debe juzgarse por el canal que atraviesa el puente de la Leña ó el de Roldán.

No, Venecia no es como puede considerarla un espíritu que sólo se fija en lo superficial. Dejando aparte sus antecedentes históricos, es una hermosa ciudad, de una extraña apariencia; pero que contiene bellezas de primer orden. Pero sigamos con método nuestra narración.

La góndola en que nos embarcamos atracó frente á la Riva degli Schiavoni. Nos alojamos en uno de los hoteles que hay en esa vía, y desde que amaneció contemplamos un panorama delicioso.—Había muchos barcos en el puerto, y las góndolas á semejanza de peces iban y venían surcando las ondas. Más allá la isla de San Jorge dejaba ver su magnífico templo y su torre cuadrangular rematada por una pirámide como la de San Marcos. A la derecha, Santa María de la Salud parecía darnos la bienvenida, y al fondo las aguas tranquilas y un cielo brumoso completaban el cuadro.

Venecia es la ciudad de las leyendas y de la poesía. Recorrerla, allí donde no hay más medios de comunicación que la góndola, ni más tierra que sus pequeños pasillos y sus puentes, produce una sensación de placer que no sabría explicarse. Allí vivió Lord Byron escri-

biendo los poemas que más fama le han conquistado.

Lo primero que todo viajero desea visitar, por lo que ha leído, es la plaza de San Marcos. Allá nos dirigimos siguiendo la Riva degli Schiavoni, y pasando junto á la estatua ecuestre de Víctor Manuel; como monumento



VENECIA.

de arte una de las mejores que se le han erigido en Italia. A los pocos pasos encontramos las dos columnas con el león alado una y la otra con el genio de la navegación; á su lado el palacio ducal, con sus arcadas pintorescas, y su arquitectura en que se han confundido el estilo árabe y el italo-bizantino. Tiene ese exterior una magnificencia que no se sabe cómo apre-

ciarla, pues no se parece á la de ningún otro palacio de su género. El palacio ducal de Venecia es una joya del arte, que por su originalidad cautiva al que lo contempla. Mas para comprender su mérito, necesario es recorrer sus salones; pasar de uno á otro; ver sus inscripciones y luego repasar con la imaginación las terribles escenas de que ha sido testigo. Dentro de aquellos muros se encierran obras de arte en que se ven inscritos nombres de ilustres artistas como Tintoretto, Bassano, Pablo el Veronés, Palma el joven, el Tiziano, y tantos otros que no tendríamos tiempo de registrar. Y todos ellos han producido cuadros de distintas clases: han tocado los asuntos históricos de la misma manera que los místicos; han inmortalizado en sus lienzos á los próceres de la tierra y nos han hecho entrever algo de las delicias celestiales.

Es difícil explicar lo que se siente cuando se está dentro de ese palacio. ¡Cuántas grandezas y cuántas miserias no se vieron allí! Parece que los lamentos de las víctimas sacrificadas á las viles denuncias y á los odios de los magnates, resuenan en aquel recinto, pidiendo misericordia. Sobre todo, cuando se atraviesa el Puente de los Suspiros, se siente una emoción extraordinaria. Los tiempos han pasado; los dueños de esa señorial mansión han desaparecido entre el polvo; pero aquellas paredes suntuosas levantadas por el orgullo humano parecen repercutir todo lo que han escuchado, durante siglos, para traerlo á nuestros oídos como un eco pavoroso. Hay muchas inscripciones; pero la que nos llamó la atención, por lo que refiere la historia, fué la siguiente: «*Hic est locus Marini Faletri de-*

capitati pro criminibus. Sí, en ese lugar fué decapitado Marino Faliero, el sucesor de Dandolo. Y el nombre de Marino Faliero, para los que amamos la música, nos recuerda la bella ópera de Donizetti que oíamos con fruición en nuestras mocedades.

Llegamos, por fin, á las prisiones pavorosas donde gimieron tantos infelices, y allí se nos vino á la memoria el nombre de Silvio Pellico, del autor de *Mis Prisiones*, que fué encerrado dentro de aquellos muros sombríos, antes de ser trasladado á la fortaleza de Moravia.

Pero, ¿á qué seguir recordando las memorias que guarda el Palacio Ducal? Bajemos sus escalinatas, y dejando á un lado la Puerta de la Carta, donde los Dux fijaban sus edictos, vamos á la Plaza de San Marcos. Esta sí que es una regia plaza. Le forman cuadro los palacios de las antiguas y las nuevas procuradurías, y la fachada italo-bizantina de la basílica de San Marcos. Frente á ésta hay unos porta-estandartes fijos sobre pedestales que tienen bajo relieves en los cuales se representan fastos de los reinos de Chipre, Candía y Morea.

La basílica de San Marcos tiene la forma de una cruz griega, que se advierte exteriormente por las cinco cúpulas que la cubren. En su fachada llaman la atención cuatro caballos de bronce dorado que pertenecieron al arco de Nerón en Roma y que Constantino se llevó á Bizancio. Un crítico francés niega ese origen y hablando de los caballos citados dice, entre otras cosas: «Está casi probado hoy, sobre todo desde el descubrimiento de los bajo relieves del Parthenón, debi-

dos al cincel de Praxíteles, que son de origen griego, porque, como movimiento, son idénticos á los de aquellos bajo relieves, y los recuerdan por sus formas, por sus crines y sus colas cortadas; si hubiesen pertenecido á un arco triunfal romano y hechos en Roma, tendrían la cola y la crin flotantes. Son, pues, griegos, y obra de algún gran escultor; cayeron en poder de los venecianos, y fueron comprendidos en la parte del botín que les tocó, cuando el saqueo de Constantinopla en 1204.» En la parte superior figuran unos hermosos mosaicos de vidrio que representan el Juicio Final, el embarque del cuerpo de San Marcos en Alejandría y su desembarque en Venecia, y la procesión con que fué conducido á la basílica. Mosaicos, también de gran precio, ocupan los arcos del vestíbulo.

Antes de penetrar en la basílica, volvámonos hacia la plaza: su pavimento de piedra gris y mármol de Istria produce el efecto de un gran tablero de ajedrez; los palacios que le sirven de cuadro se destacan majestuosos, y hacen el conjunto aún más bello los millares de palomas, que vuelan desde las cúpulas y los tejados, llegando hasta el suelo, donde comen el grano que les echan los niños que por allí se divierten con las graciosas aves. Estas palomas tienen su leyenda: dicese que Dandolo, Dux de Venecia á quien sirvieron como mensajeras en el asedio de Candía, las trajo á la ciudad donde se han propagado de una manera extraordinaria. Verdad ó no, lo cierto es que las palomas son objeto de cariño para los venecianos y para los extranjeros.

Dando la espalda á la basílica se ve á la derecha la

torre del reloj. Este, con doble carátula en que se han dibujado los signos del zodiaco y las fases de la luna, ocupa el primer piso; en el segundo hay un nicho en que está una imagen de la Virgen María, á los lados de la cual hay dos puertas doradas. Desde el día de la Ascensión hasta el de Pentecostés salen por una, entrando por la otra, las figuras de los tres Reyes Magos que, precedidos de un ángel, saludan á la Virgen á cada hora. El piso superior está ocupado por el león de Venecia que despliega las alas. Domina toda la torre la gran campana, sobre la cual dos negros colosales de bronce dan las horas con los mazos que tienen en las manos. Este reloj tiene, además del doble cuadrante, dos casillas en que con números arábigos se señalan las horas y los minutos, cambiando éstos de cinco en cinco.

Ahora que hemos visto la plaza entremos en la basílica. El pórtico recuerda que allí el emperador Federico Barbarroja se postró á los pies del Papa Clemente VII. Sus columnas son de excelente mármol, y en él continúan viéndose mosaicos de tanto mérito como los de la fachada. Toda la parte interior de la iglesia está revestida de mosaicos y bajo relieves. Divide el presbiterio una balaustrada de mármol, y en el arquitepe hay catorce estatuas, que son las de San Marcos, la Virgen María y los doce Apóstoles, en medio de los cuales abre los brazos un hermoso Crucifijo. En las paredes laterales del coro se admiran seis bajo relieves de bronce con escenas de la vida de San Marcos, y en la balaustrada que da frente al altar mayor están las estatuas de los cuatro Evangelistas y de los cuatro Doctores de la Iglesia.

Bajo el altar mayor, sostenido por cuatro columnas de mármol griego, se halla depositado el cuerpo de San Marcos. Allí se guarda también la *pala de oro* traída de Constantinopla, incrustada de perlas y de ricas joyas. El altar que se halla detrás del altar mayor tiene cuatro columnas de alabastro oriental: dos de ellas transparentes. Además del púlpito y de la pila de agua bendita, que son excelentes obras de arte, no deben dejarse de mencionar, la capilla de Nicopeya con una pintura que representa la imagen traída de Constantinopla en el siglo XIII, y el Bautisterio con su hermosa fuente.

Entre dos columnas, á la izquierda de la nave principal, se encuentra un pequeño altar de forma octógona, cubierto por un baldaquino de mármol, sostenido igualmente por dos columnas de mármol el más precioso; este baldaquino está rematado por una ágata enorme. Venérase allí un Crucifijo, que durante muchos años estuvo en la plaza de San Marcos. Cierta vez, un insensato le asestó una puñalada y como brotase sangre de la herida, el pueblo, admirado del milagro, trasladó la santa imagen á la basílica.

El tesoro de San Marcos es digno de verse. Entre otras cosas contiene un vaso con la sangre del Salvador, según allí mismo lo afirman; una columna de plata donde se guarda una reliquia de la columna de la flagelación, que se halla en Santa Práxedes, de Roma; un cáliz de ágata que contiene parte del cráneo de San Juan Evangelista; la espada del Dux Morosini; la rosa de oro regalada por Gregorio XVI á la iglesia; varios jeroglíficos; una silla que unos dicen perteneció á San

Marcos y otros á algún Obispo del siglo VII, y muchas joyas de gran valor. La sacristía es también rica en mosaicos y en otras obras de arte.

La iglesia de San Marcos se halla descrita en varios libros, con toda exactitud. Nosotros sólo podemos señalar lo que vimos rápidamente, haciendo notar que gran parte de los objetos preciosos que posee proceden de Oriente, pues los venecianos los adquirieron allá en sus excursiones guerreras y comerciales.

Saliendo de la basílica, anexo á ella y frente á la plazoleta llamada de Leoncini, hay un sarcófago moderno que no carece de belleza: es el que guarda las cenizas de Daniel Manin, de su esposa y de su hija. En la misma plaza figura el palacio Patriarcal, que data de los comienzos del siglo pasado.

En la plaza de San Marcos, frente á la basílica, se levanta la atrevida torre del campanario, á la cual se sube por una cómoda rampa que tiene escalones de trecho en trecho. Espléndido es el panorama que se divisa desde la altura, sobre todo á la puesta del sol. Se ve toda la ciudad con sus torres y cúpulas, los Alpes y el Adriático; luego las lagunas con los montes Euganios á lo lejos, y si el día está claro, se descubren á la simple vista Padua y las montañas de Istria.

Bajo el campanario hay un pequeño edificio llamado la Loggetta, donde se hacen actualmente los sorteos de la lotería. La puerta de bronce y las estatuas de la Paz, Apolo, Mercurio y Minerva son obras maestras de Sansovino.

Ya que estamos en la plaza de San Marcos, visitaremos la casa de Testolini Hermanos, que se halla en

uno de los palacios que fueron procuradurías. Estos señores tienen fábrica de mosaicos y de toda clase de objetos de cristal. En los salones que recorrimos hay una inmensa cantidad de objetos artísticos, y bien vale la pena de visitarlos. Además, todo visitante es allí recibido con gran finura, por parte de los encargados de la casa.

Volvamos ahora á la Riva degli Schiavoni, paseo predilecto de la sociedad veneciana. Desviándose un poco á la izquierda se llega á la plaza de San Zacarías, donde fué asesinado el Dux Pietro Tradonico. Allí está el templo con su arrogante fachada de estilo lombardo. El interior ofrece un buen aspecto, con sus arcadas ojivales y los capiteles de las columnas adornados de águilas. Es notable el antiguo coro de las monjas, por los tallados y las incrustaciones de su magnífica sillería. Entre obras de mérito señalaremos el artístico monumento dedicado al célebre escultor Vittoria, notable no sólo por sus detalles, sino también por la inscripción siguiente: «*Alexander Victoria. — Qui vivens vivos duxit è marmore vultus.*» No se puede hacer mayor elogio en menos palabras á un artista que ha dado vida al mármol con el cincel.

Seguimos de nuevo la Riva y vimos cerca del puente del Sepulcro la casa que perteneció al Petrarca, y le fué regalada por la república veneciana, cuando llegó en 1362, como embajador de los milaneses. Pasando el hermoso puente de la Cà di Dio, tomamos la calle de la izquierda otra vez para ir al Arsenal. Es éste un verdadero monumento histórico; al frente se ven cuatro leones que se dice fueron traídos del Pireo; las dos

torres que tienen comunicación una por mar y otra por tierra son de elegante forma, y es notable la estatua de Santa Justina con el león alado, colocada en el ático para conmemorar la batalla de Lepanto que se ganó por los cristianos el día de Santa Justina, en 1571.

En la sala de armas se conservan algunos objetos, entre los que figuran espadas, armaduras, espingardas, modelos de naves antiguas, instrumentos de tortura, la armadura de Enrique IV, rey de Francia, y un estandarte quitado á los turcos. De este arsenal salieron las flotas que defendieron el Occidente cristiano contra la invasión de los turcos.

En el museo existe un modelo del Bucentauro, la célebre galera en que montaba el Dux para desposarse con el mar: tenía cien pies de longitud y estaba formada de dos pisos. En el superior se hallaba el trono dorado del Dux, bajo un dosel de terciopelo color de púrpura, sostenido por ninfas y cariátides. Todos los que visitan este museo hacen elogios del monumento al almirante Emo, erigido por Canova.

Prosiguiendo nuestro camino, llegamos frente á la iglesia de San Blas, donde hay un simpático monumento. Sobre un pedestal sencillo se ve la estatua de un soldado, en los momentos en que salva á una joven y á un niño. Este monumento fué erigido en 1885 para demostrar la gratitud de Italia hacia los soldados de mar y tierra por los importantes servicios que prestaron en las inundaciones de 1882. Más adelante una placa recuerda al viajero los nombres de Juan y Sebastián Cabota, célebres marinos. El primero descubrió la parte Norte del Nuevo Mundo, y el otro fué el primero

que entró en el Paraguay y que señaló el paso del Mar Glacial.

Llégase á poco á los Jardines públicos donde sobre una roca, de la que mana el agua en cascadas desiguales, se ve la estatua de Garibaldi. Detrás de la roca hay otra estatua que representa á un centinela garibaldino. Como obra de arte los críticos juzgan ésta superior á aquélla. Los Jardines tienen calles espaciosas y frondosas arboledas, siendo digno de especial mención el bosquecillo llamado de la Montagnola. El panorama que de allí se disfruta es delicioso; se ve la isla de San Pedro, donde, según la tradición, unos piratas de Trieste se robaron á unas novias venecianas en el año 944. La iglesia, dedicada al Príncipe de los Apóstoles, contiene buenas obras de arte, entre las que se cita una silla episcopal adornada con caracteres árabes, y que algunos suponen haya sido la que tuvo San Pedro en Antioquía.

Notable y mucho es la portada moderna que sirve de entrada al Palacio de las exposiciones bienales, erigido por el municipio de Venecia en 1895 para conmemorar las bodas de plata del infortunado rey Humberto y la reina Margarita.

Después de haber permanecido algún tiempo en los Jardines nos embarcamos en una góndola que nos llevó directamente á la iglesia de Santa María de la Salud. El exterior es grandioso: lo adornan más de cien estatuas y una soberbia cúpula. Respecto del interior sólo diremos que conduce á él una escala de mármol; que la rotunda que lo forma está sostenida por ocho altas columnas, y que contiene excelentes pinturas de Gior-

dano, de Tintoretto y de Bresciano, sobresaliendo los cuatro evangelistas y los cuatro doctores de la Iglesia, obra del Tiziano. Créese que San Mateo es el retrato de este célebre artista.

La imagen de María Santísima, que ocupa un precioso nicho, es de aquellas que inspiran gran devoción. ¡Con cuánta confianza la saludamos diciéndole: «*Salus infirmorum. Ora pro nobis!*» Allí se conserva el cuerpo de San Fabián.

El edificio anexo fué convento: hoy está convertido en Seminario Patriarcal, y posee estatuas, bustos, cuadros y bajo relieves de mérito, con una abundante biblioteca que regaló Manfredini, y por eso lleva su nombre.

De allí se nos condujo en la góndola á la isla de San Jorge, donde se halla actualmente la aduana. La iglesia dedicada á San Jorge fué en un tiempo de los Benedictinos, y se recuerda como hecho notable que en ella se reunieron los Cardenales fugitivos para la elección del Papa Pío VII, cuando Pío VI murió en el destierro. El interior tiene la forma de una cruz griega, habiendo de notable en él un Crucifijo de madera hecho por Michelozzi; el globo con los evangelistas, grupo de bronce, de Campagna, y la finísima sillería del coro que representa en sus tallados la vida de San Benito. Hacia la izquierda hay un altar adornado con columnas de jaspe. Llama la atención ver en una de ellas, formado por los matices naturales de la piedra, un perfecto Crucifijo y abajo de él una paloma. En el mármol del altar también está figurada una calavera. Una urna elegante guarda el cuerpo de San Crescencio.

Regresamos de San Jorge á la Riva degli Schiavoni, para dirigirnos al puente de Rialto, grandioso y atrevido, que fué el único que en un tiempo unió las dos partes de la ciudad separadas por el Gran Canal. Venecia, que está edificada sobre 122 islotes, en medio de las lagunas que se unen con el Adriático, tiene sus calles de agua, y las casas, frente á las cuales hay espaciosa banquetas, se comunican entre sí por medio de numerosos puentes entre los que sobresale, como hemos dicho ya, el magnífico de Rialto.

Después de la basílica de San Marcos, la iglesia más interesante es la de los Santos Juan y Pablo. Su fachada es suntuosa, y en el interior, de estilo ojival, obra quizá de los Dominicos, se conserva una riquísima colección de monumentos, erigidos para depositar en ellos los restos mortales de los Dux. Por todas partes se ven estatuas ecuestres y de pie, que representan á generales y capitanes venecianos de más renombre.

Al regresar de allí entramos en la bella iglesia de Santa María Formosa, célebre por la fiesta instituída para solemnizar el rescate de las novias venecianas, que fueron arrebatadas á los piratas de Trieste, debido especialmente al valor de los carpinteros de esa parroquia. La fiesta se celebraba el 2 de Febrero, asistiendo á ella el Dux, con toda solemnidad.

Varios son los monumentos que hay en la ciudad, como el de Manin, el de Francesco Erizzo Dux de Venecia, que es el más suntuoso; el de Suriano, el de Savelli, el humilde dedicado al ingenioso poeta cómico Goldoni, y otros que no tuvimos oportunidad de visitar.

El viajero que desee formarse una idea exacta del aspecto característico de Venecia, debe dar un paseo en góndola por el Gran Canal. Allí va pasando revista á los soberbios palacios que engalanan la ciudad, y que traen á la mente recuerdos históricos que el tiempo no ha podido borrar aún: vense entre otros la Cà d'oro y el Fondaco dei Turchi, notabilísimos, el primero por sus dorados, y el segundo por su estilo italo-bizantino, y por haber residido en él Torcuato Tasso.

Grande impresión nos causó una triste escena que presenciámos. Salía de uno de los pequeños canales un extraño cortejo fúnebre: el ataúd con el cadáver era conducido en una góndola rigurosamente enlutada, que remaba un batelero vestido de negro; seguían á ésta otras góndolas, también de luto, ocupadas por los acompañantes.

Había entrado la noche, y era forzoso abandonar Venecia, la bellísima reina del Adriático. Volvimos á surcar el Gran Canal y soñábamos con las épocas legendarias. ¿Dónde estaba el Bucentauro, ocupado por el Dux y por sus cortesanos mientras arrojaba el nupcial anillo para celebrar sus desposorios con el mar? ¿Qué se hicieron aquellas góndolas iluminadas con farolillos de colores, conocidos aún por venecianos, donde cantaban los amantes al pie de algún palacio bizantino sus amorosas serenatas? ¿Qué fué de aquel Otelo, personificación de los celos, inmortalizado por Shakespeare en su terrible drama? ¿Dónde se perdieron los cantos y las alegres risas de los máscaras que celebraban el renombrado Carnaval? Todo ha pasado, y sólo queda frente al Adriático, bajo el espléndido cielo

de Italia, la ciudad de los recuerdos adornada con riquísimos mosaicos, adormecida al rumor de las ondas, ostentando su frente ceñida de corales, como una sultana oriental á quien envidian por su extraordinaria belleza las hurís más hermosas del Profeta.



El león de S. Marcos. VENECIA